

años después, esa tesis se convirtió en libro, el primero que en el ámbito universitario español se escribía sobre el Cholo con una intención crítica declaradamente unitaria y totalizadora de su poesía, personalidad, etc. El hecho de que fuera Zamora Vicente el director del trabajo explica por qué se subtitula «Acercamiento al hombre y al poeta». Son ya clásicos los acercamientos (o aproximaciones) de Zamora Vicente a las *Sonatas* de Valle-Inclán, por ejemplo. Mi dedicación posterior a la obra de Vallejo es una simple consecuencia de aquel primer acercamiento, que aún no ha terminado. Pero el hecho de que, entre los asistentes a un curso de doctorado de filología y literatura en la universidad de Madrid, ninguno hubiera leído a Vallejo —en realidad, el hecho de que ni siquiera supieran quién era, que así lo demostró la expresión de sus rostros— habla por sí mismo más y mejor de lo que yo pudiera decir ahora. Esta segunda nota tiene, pues, justamente en su ingenuidad anecdótica, un calado más hondo del que pudiera parecer, en relación con una equilibrada comprensión de la recepción de Vallejo en España. Ni tanto, ni tan poco.

Ante este estado de cosas, objetivamente constatado, uno no puede por menos de preguntarse por las razones de esa extraña y paradójica popularidad de la que siempre se habla cuando se habla de Vallejo, por las razones de la admiración que decimos que se le tiene, por las razones de su actualidad o pervivencia poética, o lo que es lo mismo, por las razones en virtud de las cuales Vallejo es ya un clásico indiscutible de la poesía escrita en castellano durante este siglo, por las razones de su desmadrado o enmadrado amor a España, etc., etc. Son preguntas a las que yo no puedo dar pormenorizada respuesta aquí y ahora, pero a las que se puede responder de manera global y, por tanto, inesquívamente esquemática e incompleta, aunque lo suficientemente trabada como para que resulte sólida y convincente. Lo intentaré en el apartado que sigue.

3. Razones de la recepción de Vallejo en España

La recepción es la acción y efecto de recibir, tal y como, apoyándome en la autoridad del DRAE, dije al comienzo de esta intervención. Bien. Ello es así porque alguien da algo a alguien. Si ese algo dado es el mismo alguien que da, entonces la recepción es un acto de amor. Este es el caso de Vallejo. La primera vez que el nombre de España aparece en su poesía ocurre en el poema «Al revés de las aves del monte», de *Poemas humanos*, en el que leemos:

Pues de lo que hablo no es
sino de lo que pasa en esta época, y
de lo que ocurre en China y en España, y en el mundo²⁰.

²⁰ César Vallejo, *Poemas humanos*. España, aparta de mí este cáliz, edición de Francisco Martínez García, Madrid, Castalia, 1987, pág. 211.

La segunda vez ocurre en el último poema de *Poemas humanos*, cuya primera estrofa canta así:

Ello es que el lugar donde me pongo
el pantalón, es una casa donde
me quito la camisa en alta voz
y donde tengo un suelo, un alma, un mapa de mi España²¹:

La expresión «mi España» no deja lugar a dudas respecto al talante del sujeto lírico del poema, coincide ese sujeto con el escritor Vallejo o no. Supongamos que pueda afirmarse que en este caso coincidan, apoyándonos en datos que conocemos y que son irrefutables. Vallejo, en tal supuesto, tiene a España como cosa propia y querida (*mi*) y deja constancia poética de ello. El poemario *España, aparta de mí este cáliz* es escalofriantemente expresivo e indica a cualquiera que lo lea sin resabios ni prejuicios que el amor se convierte en entrega, fundada en la hipóstasis que se hace entre España y Cristo, en una situación dramática y decisiva ante la que no caben embelecocos retóricos porque es la supervivencia la que está en juego. Vallejo, pues, se entrega totalmente a España, y se entrega por amor, para que España siga viviendo. La respuesta al estímulo de esa entrega es la recepción que de ella realiza España. Y España recibe a Vallejo con un talante que no desmerece del que el donante tuvo en el momento justo de su acto de entrega. Pero no hay que perder de vista que no todos ni siempre han (habían) recibido la obra de Vallejo con ese mismo talante. Preciso es tener las cosas claras, porque únicamente de esa claridad se puede obtener una respuesta clara a las cuestiones que la recepción de Vallejo plantea y que ya he formulado. He insinuado también que ese talante no fue gratificador para Vallejo desde el principio mismo de su carrera creativo-poética, ni mucho menos. Por ello, replanteo la situación con total crudeza.

Como resulta lógico, medité larga y profundamente sobre esta cuestión cuando me vi obligado a hacerlo para que el camino de mi acercamiento a Vallejo no fuera errático. Redacté cuidadosamente las conclusiones de mi meditación, y, con satisfacción por mi parte, me doy cuenta de que no debo alterar nada esencial de lo que entonces —hace más de veinte años— escribí. Se resume en las líneas que siguen.

La verdad desnuda es que pocos creyeron en Vallejo desde el primer momento de su ser y hacer poéticos. *Los heraldos negros* (1919) fueron un ramillete de poemas recibidos con recelo por algunos, con escepticismo por muchos, y con alegría por muy pocos. *Trilce* (1922) fue una bomba en el campamento de las letras peruanas, y la reacción en contra que se produjo. La represalia, seguía viva, como herida abierta, años más tarde, martirizando la fina sensibilidad de Vallejo quien, exasperado ante la chatez mental de los intelectuales «instalados», clamaba: «Acuso a mi generación de impotente para crear o realizar un espíritu propio, hecho de verdad, de vida, en fin hecho de sana y auténtica inspiración humana. Presiento desde hoy un balance desastroso de mi generación, de aquí a unos quince o veinte años». Su presentimiento

²¹ *Ibid.*, pág. 215.

fue profecía. Pero se cumplió sólo en parte. En lo que a él toca, a partir de su muerte, su obra poética empezó a abrirse camino muy lentamente hasta colocarse en el primer plano de la actualidad literaria. El momento fue propicio. La generación de los años cuarenta quedó traumatizada por el terror de la realidad, difícilmente explicable, de un dolor humano masivo de proporciones jamás conocidas en la historia de la humanidad. Como generación poética, fue también sacudida y castigada por ese mismo dolor humano y arrumbada en sensibilidades artísticas trasnochadas.

En España, la consideración del problema se agrava por los efectos de la Guerra Civil —«incivil», según Unamuno— que significó la muerte para artistas de reconocida valía, la dispersión y el exilio para muchos de los que quedaron con vida, la paralización de un desarrollo cultural y artístico normal, la frustración y el desencanto de una inmensa mayoría y, finalmente, el aislamiento prolongado durante años, también en el aspecto literario. Las generaciones nuevas se vieron privadas de una auténtica inspiración humana, en el sentido que el desencanto de la guerra y las ciencias del hombre, en continuo avance, iban señalando. La exigencia de una solidaridad humana y la necesidad de un lenguaje poético nuevo son las características de los poetas españoles de la década de los años cuarenta, aunque es claro que esta afirmación sumaría precisarías algunas matizaciones para su total validez. Pues bien: solidaridad humana y lenguaje nuevo son dos notas fundamentales del quehacer poético de Vallejo. Fue, pues, el precursor de la española generación poética de posguerra, un curioso precursor por serlo «a posteriori», ya que con él coincidió, sin apenas conocerlo, esa nueva generación.

De este hecho psicológico y social arranca el ecumenismo poético vallejianista. Su conocimiento, muy escaso al principio por la dificultad de acceso a su obra —como queda dicho— fue generalizándose de manera firme. Fueron naciendo, como resulta lógico, múltiples interpretaciones de esa obra. Pero, dicho sea en términos generales constatados estadísticamente, la lectura de su poesía fue ganando adeptos día tras día, hasta quedar Vallejo consagrado de forma aplastante como el poeta más representativo en todos los campos de la sensibilidad poética y en todas las zonas de la composición social de sus lectores. Me reafirmo en la opinión según la cual se puede sostener que la ola de actualidad, cada vez más intensa, que envolvió y envuelve a Vallejo, se debe al hecho de que su poesía, aun siendo un mundo autónomo y cerrado, está dotada de unas características tan eficaces que en ese mundo nos vemos insertos todos, porque llega hasta las raíces más profundas de nuestro ser, de nuestra identidad en cuanto seres humanos que vivimos en una determinada coyuntura histórica. Escribí textualmente lo que sigue:

Hay que reconocerlo: la vigencia, cada día más en alza, de Vallejo se apoya también en motivos extraliterarios. Hay como un rito de admiración sacra hacia el hombre-mito que los biógrafos nos han dado a conocer, acentuando rasgos no siempre fieles a la realidad de los hechos; rasgos que, sin embargo, son los más abiertamente señalados y también, en algunos casos, los más sutilmente manipulados: el Vallejo desventurado, desvalido, pobre, para algunos hasta mísero, despierta un sentimiento de conmi-

seración teñida de un cierto sadismo psicológico. Es el héroe de vida pobre que, ganada en buena lid una difícil batalla, huye, mitificado ya, y muere lejos. Para otros, la urgencia de rendirle ahora, de forma acumulativa, todos los honores, es la redención justa y necesaria de un oculto y masoquista sentimiento de culpabilidad nacido de no haberle reconocido antes como poeta, y tal poeta: una forma de desagravio. Y creo que para no pocos, el pedestal de honor en el que le veneran, con frecuencia sin conocerlo a fondo, se debe al matiz político-social de su ideología; en concreto, a una simpatía declarada por el marxismo, profesado por Vallejo al menos en los últimos diez años de su vida. Entre nosotros, la fama del peruano se explica por una que podríamos llamar conexión racial: el agonismo de Vallejo llegó a ser identificado con la agonía de España. En los poemas de Vallejo, según algunos, se puede comprender mejor «aquella fecundísima realidad histórica de España, de cuyas entrañas ensangrentadas nacieron sus lectores últimos». Pero el motivo fundamental, que no excluye a los demás, antes al contrario, los integra a todos, es, a mi juicio, único y plenamente válido por ser literario. Es la autenticidad de la personalidad y de la obra de Vallejo, convertida en paradigma de la autenticidad que las nuevas generaciones viven y exigen. De ahí que encuentren en su lectura alimento, con frecuencia duro de digerir, pero plenamente eficaz, de esa ansiada autenticidad²².

Esta opinión panorámica, formulada hace más de veinte años, está necesitada, sin duda, de alguna operación de lima y pulimento, a la vista de los acontecimientos españoles e internacionales ocurridos, justamente, durante estos últimos veinte años. Pero, en lo fundamental, sigue siendo ajustadamente válida, por lo menos para mí.

No puede ser de otra manera por algunas razones que hundan sus cimientos a una profundidad mayor que los cimientos de las ideologías. Diré brevemente algunas.

Ante todo, el origen español de Vallejo. De él se puede afirmar que había recibido a España «por vía intravenosa». En efecto, nadie ignora que su padre, Francisco de Paula Vallejo Benítez, fue hijo del sacerdote gallego José Rufo Vallejo y de la india quechua Justa Benítez, y que su madre, María de los Santos Mendoza Gurrionero, fue hija del también sacerdote y español Joaquín de Mendoza y de la india chimú Natividad Gurrionero. Por tanto, los dos abuelos de César Abraham Vallejo Mendoza fueron (eran) españoles. Es una razón que no precisa comentario alguno. De sangre, Vallejo era medio español y medio indio. Sin duda, este dato puede explicar ciertos aspectos de la vida y de la psicología del Cholo.

A esta razón se añade otra que parece fluir espontáneamente de ella. Me refiero a la idea que Vallejo tenía de España —y con esto vamos recapitulando y preparando la conclusión—. Esa idea estaba tan arraigada en cariño y en ríos de sangre, que hizo que la hipóstasis entre madre y España, entre hogar y España, fuera una constante en su vida y se manifestara en desesperada ansiedad en momentos culminantes y críticos de su vida, es decir, en aquellos en los que él, habiendo perdido la madre y el hogar, creía que estaban en peligro el nuevo hogar y la nueva madre que él se había atribuido, y que no era otra que España. Se lo exigían su nacimiento y su instinto de supervivencia. Sobre este detalle debe ser entendido el poemario entero *España, aparta de mí este cáliz*; de ahí, su grito angustiado: «Si cae España —digo, es un decir— ¡salid, niños del mundo; id a buscarla!». Tampoco esta razón necesita glosa de ningún tipo²³.

²² Francisco Martínez García, César Vallejo. Acerca del hombre y al poeta, edición citada, págs. 28-29.

²³ Cfr. a este respecto, Francisco Martínez García, op. cit., pág. 333.

Aludiré, por último, a la concordancia, unanimidad o empatía entre Vallejo y lo español. El DRAE entiende por empatía la «participación afectiva, y por lo común emotiva, de un sujeto en una realidad ajena». Por su parte, la psicología ha llenado páginas estudiando este fenómeno. Vallejo emitía y recibía en la misma onda que todo lo auténticamente español. Vallejo participaba, para bien y para mal, y de manera extremadamente emotiva, de todo lo español. Vallejo vivía en concordancia unánime, es decir, en una sintonía hecha de fibras de un mismo y único corazón y de una misma alma, con todo lo español. ¿Se necesita alguna nota aclaratoria? Toda la obra poética de Vallejo es, a un tiempo, razón y prueba de la razón a la que me refiero. Los caminos de la sangre no tienen marcha atrás ni son susceptibles de rechazo. Si, además, son tenidos como los únicos que uno puede transitar, en cuanto ser vivo en totalidad, entonces...

...Entonces, estamos en el caso de Vallejo. Y entonces queda abierto y al descubierto el secreto del sumario de la recepción de Vallejo en España y el secreto de su perdurabilidad y vigencia irrevocables.

Francisco Martínez García

